



**ANTONIO PEREZ ESTEVEZ**  
**VENEZUELA. Universidad del Zulia, Maracaibo.**

**RAZON Y FEMINEIDAD**  
**EN EL PENSAMIENTO CRISTIANO MEDIOEVAL**

**CENTRO DE ESTUDIO FILOSOFICOS**  
**FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION**

Visité Santiago de Compostela el primero de agosto del presente año. En el Altar Mayor de la catedral se divisan dos estatuas del Apóstol pescador: una de medio cuerpo en el centro del Altar, en traje de peregrino, esculpida en metal, con el bordón en su mano izquierda y la calabaza tradicional colgando del bordón; la otra, en la parte superior, representa a Santiago jinete, empuñando una espada y en actitud de atacar a unos moros; uno yace bajo los pies del caballo. La primera, más antigua, debe remontarse al siglo XII, mientras que la segunda debe ser mucho más reciente probablemente del siglo XVII, contemporánea del retablo. El apóstol Santiago hermano de Pedro nos es presentado en el Nuevo Testamento como pescador; sin embargo en estas dos estatuas se nos presenta como peregrino y como soldado a caballo. No es difícil suponer que la primera es producto de la imaginación gallega, al representarlo peregrino en una Europa Medioeval, que peregrinaba, angustiada por el peso de los pecados, con el objeto de sentirse purificada tanto a Roma como a Santiago. El peregrino, era el cristiano modelo del medioevo. Recordaba que esta vida era un penoso perêgrinaje por la tierra con el fin de alcanzar la suprema felicidad del cielo en la otra vida espiritual y definitiva. Santiago Apóstol encarna en esta estatua de peregrino con esclavina y bordón el santo ideal de una época que veía su liberación purificadora en el caminar hacia la Roma o el Santiago eternos, luminosos e inteligibles. El peregrino ordinario era un cristiano humilde, pecador, hambriento, y necesitado de descanso y comida, que llama cada noche a la puerta desconocida de una casa o de un monasterio, con el fin de guarecerse de los ladrones y asaltantes que merodean la oscuridad. Para la Galicia medioeval y eterna, humilde, necesitada y peregrina fue fácil esculpir ese Santiago peregrino, humilde, dispuesto a pedir agua y comida, a aprender lo mucho que los diversos caminos de la vida le enseñan a uno, y a soportar las inclemencias de todo caminante indigente.

Pero Castilla en su lucha permanente contra el Moro en la Edad Media necesitaba otro modelo de cristianismo. Los soldados de las Navas de Tolosa, o de la batalla de Clavijo estaban convencidos de que la Gloria paradisíaca se hallaba en la punta de su espada, matadora de hombres infieles. Por eso necesitaban otro Santiago distinto. Precisaban un Santiago guerrero, poderoso, cruel, destripador de enemi-

gos; un Santiago triunfante, conquistador, ganador de batallas: un Santiago jinete que siembra terror entre los enemigos infieles y confianza entre los cristianos. Este Santiago no es pobre, ni humilde, sino que se impone por la fuerza de la violencia conquistadora. Este es el Santiago castellano, matamoros, con el que me resulta difícil simpatizar. El Santiago de Castilla y del Imperio Español, poderosos; el Santiago establecido y dejado como símbolo de una cultura avasalladora e imperial en Caracas, en Chile y en mil puntos más de la geografía americana. Este Santiago ha sido el soporte divino de todo el fanatismo, la soberbia y el conservadurismo agresivo español.

Los Santos y los Dioses con sus características son producto de las distintas culturas. El Santiago peregrino, humilde, que escucha más que habla, que recoge lo que de buena voluntad se le ofrece, representa el ideal de la cultura gallega medieval, introvertida y recatada, tímida y dialogante, lírica y contemplativa. El Santiago matamoros, violento y triunfante es el símbolo de la cultura castellana de finales de la Edad Media, avasalladora y soberbia, conquistadora e invasora, épica y agresiva.

Los Santos y los héroes encarnan la axiología de las distintas culturas que representan. Tampoco la Divinidad escapa a esta red antropomórfica, que rodea todo lo que el hombre toca. Este trabajo tiene como objetivo analizar el lenguaje que se ha ido formando para expresar la Divinidad cristiana. Divinidad única, verdadera y llamada a satisfacer las aspiraciones de todos los pueblos sin distinción de razas ni culturas, una Divinidad que pretende no pertenecer a ninguna cultura particular, sino que intenta ser el Dios del hombre, de todo hombre nacido en este mundo. Los atributos de este Dios cristiano pretenden a su vez ser universales y unívocos, es decir pretenden ser atributos aceptables para todos los pueblos y culturas de cualquier momento y de cualquier lugar.

¿Es esto posible? ¿Es realmente nuestro Dios cristiano capaz de ser aceptado por cualquier cultura? ¿No es más bien el producto de una cultura concreta y de una manera propia de vivir y de pensar a Dios?

Simultáneamente veremos la actitud del cristianismo medioeval hacia la mujer y hacia lo "femenino", es decir hacia esas categorías humanas que los griegos habían puesto fuera del marco de su cultura.

Desde los primeros siglos del Cristianismo se consideró a Dios como la máxima realidad. Orígenes, para ensalzarla, alejaba esta realidad divina de tal manera que la colocaba "más allá del ser y de la inteligencia". Esta línea de absoluta transcendencia y alteridad de Dios la va a trazar la vía negativa del Pseudo-Dionisio y de Escoto Erígena. Dios, de acuerdo a esta vía, no es ni ser, ni bondad, ni esencia, sino que es el super-ser, la super-bondad y la superesencia. Agustín de Hipona dice de Dios: "non mihi placet Deum appellare, quo mea ratio est inferior, sed quo nullus est superior", es decir no gustaba de poner a Dios por encima de la razón humana,

sino que por encima de Dios nada existe<sup>1</sup>. San Anselmo va a consagrar una fórmula que expresa a nuestro juicio exactamente esta realidad suprema de la Divinidad: "Aliquid quo maius nihil cogitari potest", aquello mayor que lo cual nada puede pensarse<sup>2</sup>. Dios de acuerdo a San Anselmo no es sólo la máxima realidad óntica sino también la máxima idea lógica. Es decir, dentro del mundo del pensamiento Dios es la idea suprema, de manera que nada puede pensarse superior a esa Idea. Realidad e Idea suprema, Dios estará dotado de aquellas características que expresen justamente esa supremacía absoluta, que la va a diferenciar radicalmente de este mundo material y sensible. Santo Tomás de Aquino en fin considera a Dios como "esse perfectissimum maxime esse in actu et per consequens maxime esse perfectum", el ser más perfecto o el máximo ser en acto, o sea el ser, al que ninguna perfección le puede faltar "nihil de perfectione essendi potest ei deesse"<sup>3</sup>.

La bondad, Summum bonum, trascendental que se identifica con el ser la atribuye Agustín a Dios, influenciado por el pensamiento de Platón. Ya antes Orígenes había afirmado que Dios era lo esencialmente bueno, y Tomás de Aquino repite "solus Deus est bonus per suam essentiam", y por tanto Dios es lo máximamente deseado y apetecible, aquello que debe estar en la mira de nuestros máximos deseos<sup>4</sup>.

La unidad, entendida en su doble dimensión de unidad interna o simplicidad y de unidad externa o realidad única y no múltiple, va a ser otro atributo de la divinidad. Orígenes dice de Dios que es único; Máximo Confesor que es indivisible y Juan Damasceno que es simple. Tomás de Aquino después de establecer que Dios es sustancialmente FORMA PURA, sin mezcla alguna de materia, va a añadir que en Dios el ser y su esencia se identifican. Cualquier tipo de composición o de potencialidad quedan así eliminadas de la Divinidad. Dios, como forma pura o acto puro, es plena realización y simplicidad absoluta. En consecuencia no será ni corpórea, ni material, ni pertenecerá a ningún género, ni tendrá accidente alguno. De esta manera la unidad interna o simplicidad total queda perfectamente establecida. Por la unidad externa Dios no puede ser ni es más que uno; así lo afirma Tomás de Aquino como una consecuencia de su infinita perfección. De haber varios Dioses ninguno de ellos sería infinitamente perfecto, pues cada uno de ellos carecería de lo que tenían los demás.

La simplicidad va a reducir a Dios a forma pura y de ahí su absoluta inteligibilidad. Dios entra de esta manera en el viejo Ouranos platónico, o mejor el Ouranos adquire del ser divino, se encarna en el Dios cristiano, para heredar todas las carac-

1. *Obras de San Agustín*. Edición bilingüe, B.A.C., Tomo III. Madrid, 1963. pág. 267.

2. *Obras Completas de San Anselmo*. B.A.C., Tomo I, Madrid, 1952. pág. 366.

3. TOMAS DE AQUINO: *Summa Theologiae*, Ia, q. 4, a. 3 (B.A.C. Madrid, 1969).

4. TOMAS DE AQUINO: Ob. cit., Ia., q.6, a. 1 y 3.

terísticas de las Ideas. Sin cuerpo y sin materia, fuera del espacio y del tiempo, Dios será absolutamente inteligible y espiritual.

Lo corpóreo es finito, es decir tiene límites. Toda sustancia corpórea o material es limitada; debido a que la materia y la forma se concretizan mutuamente. Por la materia la forma se individualiza para constituir juntas una sustancia individual y singular; a la vez la materia por la forma deja de ser un sustrato indefinido e indeterminado y pasa a pertenecer a una especie concreta.

Dios es, como sabemos, forma pura sin materia y sin potencialidad; forma, cuya esencia consiste en existir. Más allá de todo género o limitación esencial y sin potencialidad material alguna, Dios es por tanto lo ilimitado o mejor lo infinito. Totalidad del ser y de la esencia, esencialmente subsistente, acto puro, Dios no puede tener limitación alguna y es en consecuencia infinito.

Acto puro, sin potencia limitante, e infinito, Dios es todopoderoso. La potencia activa es definida por Tomás de Aquino como "principium agendi in aliud", el principio de actuar sobre otro. Dios posee esta potencia activa en grado infinitamente superlativo, es decir Dios puede hacer todo lo posible o lo que no repugna lógicamente. De hecho es el hacedor y creador de todo ser y de toda posibilidad de ser.

Todopoderoso, Dios actúa permanentemente en todo el universo y en cada individuo, manteniéndolos en el ser; en consecuencia está por su acción presente en todos y cada cosa del universo, y nada se le puede ocultar. Anteriormente lo creo, dándoles el ser y haciendo que cada creatura dependa esencialmente de Dios. Todo lo existente en fin está sometido al divino poder. Dios está en todas las cosas y de una manera muy íntima, dice el Aquinate (*oportet quod Deus sit in omnibus rebus et intime*); además llena todos los lugares en la medida en que da el ser a todo aquello que ocupa un lugar. Dios es ubíquo.

La absoluta perfección de Dios supone la inmutabilidad total. El cambio implica esencialmente la adquisición de una nueva forma, de una perfección que todavía no se tiene; ahora bien, Dios es absolutamente perfecto y no carece de perfección alguna. No puede por tanto cambiar o adquirir una forma que no tiene. Acto puro, Dios es absolutamente inmutable.

Inmutable y eterno. Sin cambio no se da la sucesión ni el tiempo; por eso el Aquinate afirma que la esencia de la eternidad consiste en la aprehensión de la uniformidad de lo que está fuera de todo movimiento (*in aprehensione uniformitatis eius quod est omnino extra motum consistit ratio aeternitatis*). La eternidad es una consecuencia inmediata de la inmutabilidad divina.

Dios lo conoce todo, es infinitamente sabio. La capacidad cognoscitiva se fundamenta —dice el Aquinate— en la inmaterialidad. Las plantas no pueden conocer porque son materiales y el entendimiento conoce más, porque está más alejado de la materia. Por eso Dios, como absolutamente inmaterial, posee el máximo grado de conocimiento, "*unde cum Deus sit in summo immaterialitatis... sequitur quod ipso*

sit in summo cognitionis"<sup>5</sup>. Porque posee el conocimiento en sumo grado es inteligentísimo, es decir tiene infinitamente realizada la capacidad de entender, de tener ideas. Ciertamente no necesita de entendimiento agente, ni de especies inteligibles, que hacen del acto de entender un proceso complejo. Dios, resume Santo Tomás se entiende por sí mismo —(Deus) seipsum per seipsum intelligit— o como dice también "necesariamente su entender es su esencia y su ser". Ahora bien conociéndose perfectamente a sí mismo conoce también todas las demás cosas producidas por El, en la medida en que su esencia contiene la semejanza de las otras cosas distintas de El. Dios conoce, tiene Ideas de todas las cosas; Ideas que son ejemplares y encierran en sí la capacidad de producirlas.

Por ser inteligente Dios vive supremamente. Sin vida no podría realizar actividad alguna. Dios vive en el más pleno sentido de la palabra y su vida se identifica con su esencia y con su ser. Si la vida implica el automovimiento y la independencia en el obrar, Dios es absolutamente independiente en el obrar, ya que es autosuficiente en su esencia y en su existencia.

Dios es también justo y misericordioso. Justo en el sentido de dador, distribuidor de bienes a todos los seres de acuerdo a la dignidad de éstos. El orden existente en el universo es la prueba de la justicia divina. También es misericordioso, no porque se compadezca o tenga tristeza por la miseria de algo o alguien, sino porque El elimina esa miseria. La misericordia divina por otra parte no va en contra de su justicia, sino que es más bien su complemento. Dios no priva a nadie, ni nada de lo que en justicia le corresponde, pero frecuentemente da mucho más de lo que en justicia debe dar. La misericordia no suspende la justicia, sino que de alguna forma es su plenitud, "misericordia non tollit iustitiam, sed est queadam iustitiae plenitudo"<sup>6</sup>.

Dios en fin es máximamente feliz por ser supremamente inteligente. La felicidad, de acuerdo a Tomás de Aquino, es el bien perfecto de la naturaleza intelectual, "bonum perfectum intellectualis naturae", la cual conoce la suficiencia del bien que posee y, en cuanto le puede acaecer algún bien o mal, es dueña absoluta de sus acciones. En consecuencia Dios es infinitamente feliz<sup>7</sup>.

Como vemos, todo el lenguaje sobre la Divinidad en el Cristianismo ortodoxo se basa en la premisa que sostiene que lo inteligible, lo racional, lo formal es lo perfecto; en consecuencia lo perfecto implica la negación de lo corpóreo, de lo sensible y de lo material. El Cristianismo recorre y profundiza el camino abierto por el platonismo griego, que conduce a una total y absoluta separación óptica de Dios y el mundo. Dios —hemos visto— es la suma perfección óptica y lógica —summum ens,

5. TOMAS DE AQUINO: *Summa Theologiae*, I, q. 14, a. 1.

6. TOMAS DE AQUINO: Ob. cit. Ia., q. 21, a.3.

7. TOMAS DE AQUINO: Ob. cit., Ia., q.26, a.1.

aliquid quo maius nihil cogitari potest— y en consecuencia estará dotado de características inteligibles y espirituales, contrapuestas al mundo sensible atravesado de materialidad y de imperfección. En ese afán de abrir una brecha insalvable entre el Dios inteligible y el mundo material se fundamenta ese método negativo, del que fueron baluartes al Pseudo-Dionisio y Escoto Erígena y que se consagra a partir de San Anselmo. Dios será la oscuridad impenetrable, la luz invisible a la que nos acercamos a través de un lenguaje negativo; o sea a través de la negación de las características que constituyen lo material y lo corpóreo. Incluso las características de lo puramente racional —bondad, libertad, sabiduría, simplicidad, etc.— sufrirán una purificación negativa, negando las limitaciones que dichas características poseen en las creaturas; así deberemos decir “Dios no es bueno, sino superbueno; Dios no es sabio, sino supersabio” etc. Esto con el fin de alejarnos de toda tentación antropomorfista, decían los pensadores medioevales.

Sin embargo, a poco que nos detengamos a pensar en el lenguaje elaborado por el Cristianismo en torno a Dios, nos daremos cuenta que está cargado en su totalidad de un antropomorfismo exclusivista. Se dota a Dios de lo que es exclusivamente humano, de la inteligencia y la racionalidad, para hacer que Dios sea sólo y exclusivamente semejante al hombre y de ninguna manera semejante al resto del universo; éste, por no ser racional e inteligible, será imperfecto.

Si los dioses griegos y romanos tenían cuerpos e incluso se transformaban en cañas cantarinas como Sirinx y en pinos espigados como Pitys, en vientos huracanados como Bóreas o en una vaca picada de tábanos como lo en una identificación con la naturaleza entera, el Dios cristiano se asemejará sólo a lo que el hombre pretende tener de exclusivo y que considera de orden superior, porque lo dota del dominio, es decir de la posibilidad de ser señor (dominus), controlador y depredador del universo. Si el primero es un antropomorfismo participativo, el segundo es un antropomorfismo exclusivista, negador de todo lo que no signifique racionalidad inteligible y formal. El hombre pretende por su racionalidad distinguirse, alejarse e incluso contraponerse a la naturaleza, al cosmos como totalidad. La Divinidad significa la exageración al infinito de lo inteligible formal, la “encarnación” absoluta de esa dimensión dominadora que se desarrolla en la cultura occidental a partir del mito de Prometeo y que va a conducir al Platonismo esquizofrénico. Dios deviene en el lenguaje del cristianismo ortodoxo medioeval la pura inteligibilidad, la totalidad formal, el dominio todopoderoso de la razón inteligible sobre el universo material. Dios es la consagración absoluta de esa parte racional del hombre que lo hace combativo, mesurado, poderoso, inteligente, represivo y bueno.

Todas las perfecciones divinas se derivan de su formalidad inteligible. Dios es FORMA PURA. De ahí se deducen su simplicidad, su absoluta actualidad, su omnipotencia, su ubicuidad, su eternidad, su sabiduría, su bondad, su inmutabilidad. Cuando Agustín de Hipona afirma que superior a una mente racional y sabia nada hay

sino sólo Dios está indicando el único camino que nos comunica y nos asemeja a la Divinidad. El cuerpo y la carne dirá en otro lugar es un ser, pero de los más imperfectos<sup>8</sup>.

Predicar de Dios sólo la racionalidad formal es consagrar —divinizándola— una axiología cuyas raíces se extienden a gran parte de la cultura griega. A partir del Cristianismo medioeval la racionalidad dominante no es sólo una dimensión humana, es la dimensión humana que nos hace semejantes a Dios, es la dimensión humana que de alguna manera nos diviniza. De ahí surge ese modelo humano-divino de hombre espiritual, dispuesto a reprimir la última manifestación de lo corpóreo a través de una ascética implacable. El cuerpo propio y el contorno humano pasan a ser los grandes enemigos de ese hombre, que por arte de una exageración exclusivista de lo racional hace todos los esfuerzos posibles por desincorporarse, es decir por dejar de pertenecer a la naturaleza corpórea.

El hombre es lamentablemente corpóreo en este valle de lágrimas. Por eso es imperfecto y por eso esta tierra no puede dejar de ser valle de lágrimas. Sin embargo desincorporados, en la otra vida, alcanzaremos la total felicidad al poder ver con el entendimiento la Divinidad. La felicidad continúa siendo en la tradición tomista un acto intelectual, —*intellectualis operatio*— terminando por hacer absolutamente inteligible, al menos en su esencia, el acto supremo por medio del cual nos ponemos en contacto directo con Dios<sup>9</sup>.

Lo grave de esta divinización de lo inteligible es que Dios se torna garante de una cultura basada en la racionalidad exclusivista, dominante, represiva y competitiva. El dominio, la represión, el trabajo competitivo dejan de ser valores más o menos aceptados, para transformarse en los grandes valores divinos por medio de los cuales no sólo devenimos los hombres auténticos, sino con los cuales y sólo con ellos ganaremos la felicidad suprema. No es accidental el afán de dominio que se oculta en todas las organizaciones religiosas durante la Edad Media, desde el Papado hasta el último monasterio y que los lleva frecuentemente al control de la cultura, de la economía y de la política medioevales. No es accidental el surgimiento de la Inquisición sangrienta y su intento por controlar incluso las mentes y los pensamientos de las personas en una sociedad eclesíastica dirigida exclusivamente por cé-

8. *Obras de San Agustín*. Tomo III, págs. 778 y 796.

9. De hecho este intelectualismo arranca de Aristóteles. Al decir que la acción suprema del Primer Motor es pensamiento del pensamiento, desvinculado de todo deseo y de todo interés sienta las bases de esta tradición. Los árabes, Alfarabí y Avicena entre otros, explicarán la unión mística por medio de la unión del entendimiento particular de cada individuo con el común entendimiento agente lunar. Es cierto que la corriente agustiniana va a hacer consistir la felicidad en el amor a Dios y va a desarrollarse en la Escuela Franciscana en un voluntarismo, es decir en una valoración del acto de voluntad como asiento esencial de la felicidad, cuyos representantes máximos van a ser Duns Escoto y Guillermo de Ockham.



libes que intentan llevar una vida exclusivamente racional. Es más bien la consecuencia inmediata de la divinización del elemento puramente racional con su compañía de dominio, agresividad y control. El Dios cristiano no es sólo el Creador del universo, infinito y eterno, sino que se hace aval de la absoluta bondad de la razón y de la cultura occidental con su cúmulo de guerras y conquistas. Dios será el aval de las cruzadas, que sembraron de sangre y de muerte el corazón de Europa; será el aval de las conquistas violentas de Carlomagno y de las conquistas españolas en tierras americanas, llevadas a cabo en nombre de Dios por personas que llevaban la espada en una mano y la cruz en la otra. La unión de Dios cristiano racional y del poder temporal no ha sido, es, ni será algo casual o esporádico.

La vinculación del poder y la razón es tan antigua al menos como la cultura occidental, tan antigua como el mito hesiódico de Prometeo. Sin embargo se ha pretendido olvidar esta vinculación, pensando que el poder y el dominio nada tienen que ver con la razón. Es más se ha venido pensando por siglos y siglos — ¡qué sarcasmo! — que la única manera de salvarnos del dominio y de la alienación que el dominio conlleva es justamente a través de una mayor racionalidad. De hecho en todo el pensamiento occidental existe el convencimiento total de que la liberación y la felicidad del hombre depende de un mayor desarrollo de la razón, sin percatarse que la experiencia de siglos enseñan justamente lo contrario. De la racionalidad exclusivista religiosa del Cristianismo surgieron todas las guerras y las conquistas sangrientas durante muchos siglos. De la absoluta racionalidad de la ciencia y del hombre moderno están surgiendo las guerras y las bombas nucleares, que amenazan de una vez por todas con acabar al hombre mismo y su cultura.

Hemos mostrado y demostrado en otras ocasiones que la cultura griega desarrolló una axiología exclusivamente racional y exclusivamente varonil, cuya única finalidad era el control y el dominio. Pues bien, el Dios cristiano supone la divinización de esta cultura exclusivamente varonil —no humana— y la divinización de la racionalidad, del dominio y del control. Cuando Pablo de Tarso y más tarde Agustín de Hipona consagran la racionalidad como valor exclusivo y supremo, abren las puertas a una sociedad, la Iglesia, en la cual el dominio y el autoritarismo van a ser la regla suprema de su conducta. El dominio y la autoridad son las secuelas inevitables y proporcionales de la racionalidad. Por tanto a una mayor racionalización de una sociedad sigue un mayor grado de dominio, de control y de autoridad. La Iglesia, dirigida desde siempre por célibes, que han pretendido llevar una vida permeable sólo a la razón, ha sido la manifestación más evidente de una sociedad autoritaria, en la que el control, el dominio y el autoritarismo han alcanzado niveles verdaderamente alarmantes. De igual manera en las organizaciones militares, que pretenden ser la encarnación de la fría razón calculadora, sin lugar alguno para el sentimiento, aparecen los rasgos del control, del dominio y del autoritarismo. La unión de la racionalidad religiosa y la militar han producido organizaciones de temible sen-

tido autoritario y de una insistencia en la obediencia ciega que limita con lo inhumano y penetradas de un afán de dominio amenazante. Ejemplos de estas organizaciones podría ser los Templarios, los Jesuítas y la misma Inquisición. Es indudable la eficiencia dominadora de estas organizaciones, en las que los gustos y sentimientos individuales ceden exclusivamente el paso a la acción organizada y planificada por la racionalidad incorpórea e insensible.

Ha habido en los últimos siglos movimientos que han intentado disminuir el dominio absoluto de la racionalidad humana. Rousseau, Nietzsche, la Fenomenología, Freud y la Escuela de Frankfurt son jalones importantes en la valoración de lo instintivo, de lo corpóreo, de la imaginación, sin que esto haya significado una diaminución importante del poderío racional sobre la sociedad moderna. La Iglesia Católica oficial sin embargo se ha negado a revisar sus fundamentos racionales y represivos que soportan el edificio autoritario y dominador en que se asienta tanto el Dios cristiano como la estructura burocrática de la Iglesia. Después del Concilio Vaticano II ha habido movimientos importantes que proclamaban una revisión al menos parcial de la posición secular de la Iglesia; revisión del dogma de la infalibilidad del Papa, liberación del voto de castidad en los clérigos, apertura a otras filosofías distintas del Tomismo, mundanización de los clérigos y religiosos, eliminando la soto y permitiendo la inmersión en el mundo social que los rodea, ya sea con la incursión en la política a favor de los desposeídos, ya sea con la vinculación al trabajo manual en las fábricas. Estas y otras manifestaciones de actualización de la Iglesia resquebrajaron la uniformidad autoritaria de la estructura clerical y amenazaron con el relajamiento y la anarquía todas las esferas de la organización vertical católica.

El teólogo católico Hans Kung afirmaba en 1974 que “muchas de las dificultades de la Iglesia Católica y de la Teología Católica provienen hoy de la exagerada presión de problemas, producidos por una secular acumulación de autoridad. Gran parte de la confusión existente entre los fieles... proviene del liderazgo de la Iglesia y de su corte de Teólogos, quienes han fracasado durante largo tiempo en preparar a los fieles para las continuas y necesarias reformas tanto en la enseñanza como en la práctica; es más sistemáticamente los inmunizaban en contra de tales reformas”<sup>10</sup>. Conocemos ya el pánico despertado por tales movimientos y la reacción propiciada desde las alturas de la Iglesia, que ha conducido con el actual Pontífice Juan Pablo II a las posiciones conservadoras que existían antes del Concilio Vaticano II; con la diferencia de que la mentalidad de la mayoría de los religiosos y los fieles han cambiado radicalmente en los últimos 20 años. Esta situación de retorno a las antiguas estructuras a pesar de la nueva mentalidad está provocando un

10. HANS KUNG: *On being a Christian*. Wallaby, pocket books; New York, 1978, págs. 35 y 36. (La traducción es mía).

desajuste evidente, que se manifiesta en la religiosidad artificial, estereotipada y vacía que se observa en la mayoría de las organizaciones religiosas. Mantener en el último cuarto del siglo XX unas estructuras, una teología, una filosofía, un lenguaje medioeval no puede ser más que el resultado de una autoridad exagerada y de una racionalidad tan absorbente y dominante que se niega a aceptar cualquier tipo de cambio y correr el menor riesgo. La autenticidad y profundidad religiosas han estado y están ahora más que nunca supeditadas a la uniformidad autoritaria y represiva de una estructura absolutamente racional.

El Dios cristiano y la Iglesia católica son el producto de una cultura en la que confluyeron simultáneamente el espíritu guerrero, patriota y liberador del Yahvé judaico y el espíritu racional, dominante y represivo del pensamiento oficial griego. El lenguaje y el pensamiento elaborado en torno a Dios con las características de racionalidad y universalidad, dominación y represión respondía a la muy particular manera de entender ese Dios y ese Cristianismo personas de formación helénica como Pablo de Tarso, Justino, Orígenes y finalmente Agustín de Hipona. Esta peculiar manera de entender y de "vivir" a Dios fue poco a poco oficializándose, hasta quedar consagrada como única ortodoxa en los distintos Concilios a lo largo de los siglos medioevales.

La divinización de la razón inteligible va acompañada a lo largo de estos siglos de un menoscabo de la mujer y de la naturaleza cósmica, a la que la mujer se halla vinculada desde la cultura griega. Analicemos con alguna detención la misoginia que encierra el pensamiento cristiano medioeval y comprobemos cómo la exaltación de la razón ha conllevado siempre el rechazo de la mujer y de la naturaleza.

Dejando a un lado el pensamiento de Cristo sobre la mujer, considerado por Charles Seltsman, como inmensamente más feminista que el de sus seguidores, nos detendremos en el pensamiento paulino, determinante en la concepción cristiana medioeval y por tanto base de toda la tradición cristiana<sup>11</sup>.

La mujer va a continuar relegada en el Cristianismo a un segundo plano. La mujer debe estar siempre subordinada al marido en el matrimonio. Esta función subordinada es repetida incesantemente como la actitud fundamental de la mujer, "nam quae sub viro (ὑπὸ ἀνδρός) est mulier, vivente viro, alligata est legi"<sup>12</sup>. La mujer está por ley atada y subordinada —sub viro— al varón, mientras éste vive. En la carta a los Efesios y a los Colosenses repite que "mulieres viris suis subditae sint, sicut Domino"; "mulieres subditae estote viris, sicut oportet in Domino"<sup>13</sup>. También San Pedro en su primera carta exige de las mujeres esta sumisión a sus mari-

11. SELTMANN, Charles: *Women in Antiquity*. London and New York: Thames and Hudson, 1956, págs. 184-85.

12. PABLO (San): *Epístola a los Romanos*, 7,2.

13. PABLO (San): *Epístola a los Efesios*, 5, 22-23. *Epístola a los Colosenses*, 3,18.

dos, “mulieres subditae sin viris suis”<sup>14</sup>. La sumisión al marido es por tanto algo esencial a la mujer. San Pablo busca en el texto del *Génesis*, en el que narra la tentación y la creación de la mujer las razones fundamentales de esta doctrina. Adán fue formado primero, luego Eva. Adán no fue engañado sino la mujer, “seducta in prevaricatione fuit”<sup>15</sup>. La primacía del hombre macho, del varón tiene su origen en el acto mismo de la creación. El hombre fue creado primero y sólo para hacerle compañía fue creada la mujer de una costilla del varón. “Non vir ex muliere est, sed mulier ex viro”, explica San Pablo. La mujer proviene del varón, depende de él; por tanto no fue creado el hombre en función de la mujer sino la mujer en función del hombre, “etenim non est creatus vir propter mulierem sed mulier propter virum”<sup>16</sup>.

Subordinada al hombre, es además inferior a él. En primer lugar moralmente, debido a que ella fue la engañada por la serpiente y seducida en la prevaricación o transgresión. Este hecho la hace más proclive al pecado que el varón. En segundo lugar es inferior física e intelectualmente. San Pedro dice de ella que es un ser endeble y como tal debe ser tratada por el varón, “quasi infirmiori vasculo muliebri impatiētes honorem”<sup>17</sup>.

Las comparaciones en San Pablo son significativas. El varón se asemeja a la cabeza, la mujer al resto del cuerpo. El varón se asemeja a Cristo, la mujer a la Iglesia. “El varón es imagen y gloria de Dios, la mujer es gloria del varón”<sup>18</sup>. Es claro que estas comparaciones quieren expresar la total dependencia de la mujer con respecto al varón. En efecto, en la persona humana es la cabeza —sede de la inteligencia— quien debe dirigir y mandar y es el resto del cuerpo el que obedece; de igual manera la Iglesia será auténtica en la medida en que obedezca los mandamientos de Cristo. La relación de la mujer con el varón es de subordinación al Señor, de obediencia e incluso de temor, φ ο Ὡ ἡ τ α ε ι τ ο υ ἄ ν θ ρ ο ο dice expresivamente el texto griego. Por el contrario la relación del varón con respecto a la mujer es de honor, de respeto y de amor. El hombre ama (ἀγαπᾷ) a la mujer y ésta lo obedece y lo teme. Es indudable la superioridad del varón paulino sobre la mujer.

Consecuencias de su inferioridad son: la mujer debe orar con la cabeza cubierta y el varón con la cabeza descubierta; la mujer debe guardar silencio en público y

14. PEDRO (San): *Ia. de San Pedro*, 3,1.

15. PABLO (San): *Ia. a Timoteo*, 2,13-15.

16. PABLO (San): *Ia. a los Corintios*, 11,8-10.

17. PEDRO (San): *Ia. de San Pedro*, 3,7.

18. PABLO (San): *A los Efesios*, 5,23-24: quoniam vir caput est mulieris: sicut Christus caput est Ecclesiae...

*Ia. A los Corintios*, 10,3: Volo autem vos scire quod omnis viri caput, Christus est: caput autem mulieris, vir: caput vero Christi Deus.

*Ia. A los Corintios*: 11,7: (vir) imago et gloria Dei est, mulier autem gloria viri est.

aprender con sumisión, mientras el varón habla y enseña la doctrina de Dios. La mujer debe estar tranquila en su casa, mientras el varón viaja y predica en público<sup>19</sup>.

Ayuntarse, casarse con una mujer puede admitirse como una necesidad, pero el estado ideal será para Pablo la virginidad, "bonum est homini mulierem non tangere"<sup>20</sup>. El matrimonio y el sexo significa no un mandato de Dios, sino una concesión a la debilidad del cuerpo y de la carne. San Pablo se presenta siempre como ejemplo a seguir, "volo enim omnes vos esse sicut meipsum"<sup>21</sup>, y deja constancia expresa de que la virginidad es mejor que el matrimonio, "qui matrimonio iungit virginem suam, bene facit: et qui non iungit, melius facit"<sup>22</sup>.

El desprecio por el cuerpo y por el sexo se dejan traducir en numerosos textos paulinos. "Con la razón sirvo a Dios, con la carne a la ley del pecado"<sup>23</sup>. La carne es enemiga de Dios y su ley conduce a la muerte, una muerte eterna que no nos permitirá pertenecer al reino de Dios. La razón, el espíritu nos vincula a la divinidad, a su vez racional y espiritual; la carne y el cuerpo nos unen a lo terreno, al pecado. Los fornicarios o entregados al sexo fuera del matrimonio han perdido la medida racional y se encuentran dominados por la tribulación de la carne; tribulación que incluso aparece en el matrimonio. Por eso en el varón casado debe prevalecer la santificación y el honor hacia su mujer y no la pasión y el deseo<sup>24</sup>.

La carne corporal es el gran enemigo del espíritu. Pablo subraya el enfrentamiento entre la carne y el espíritu. En su carta a los Gálatas afirma que la "carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne; como que esas cosas son entre sí contrarias" (Gal. 5:17)<sup>25</sup>. Si el cuerpo, todo cuerpo encierra la concupiscencia que nos inclina permanentemente a lo terrenal y sensible, el pecado, el cuerpo de la mujer siente una especial tendencia hacia el mal y el pecado. De ahí la moderación y austeridad con que las mujeres deben presentarse en público, sin adornos, pinturas o joyas que puedan aumentar esa ya profunda inclinación a la lascivia y al pecado. Pecado que consiste justamente en detenernos en lo terrenal de tal manera que no nos permita visualizar y dedicarnos a lo espiritual y racional. La felicidad humana o santidad consistirá en el amor y la unión con esa realidad suprema exclusivamente inteligible y espiritual llamada Dios, amor y unión que se logrará sólo a través de nuestra parte inteligible, a través de nuestro espíritu. Por eso Pablo propone como único medio para obtener la felicidad, es decir la unión con la Divinidad, el

19. PABLO (San): *Ia. a los Corintios*, 11,6.  
*Ia. a Timoteo*, 2,8 y ss.

20. PABLO (San): *Ia. a los Corintios*, 7,1.

21. PABLO (San): Ob. cit., 7,1.

22. PABLO (San): Ob. cit., 7,38.

23. PABLO (San): *A los Romanos*, 7,25.

24. PABLO (San): *Ia. a los Tesalonicenses*, 4,4-6.

25. PABLO (San): *A los Gálatas*, 5,16 y ss.

someter a servidumbre a nuestro cuerpo, el reprimir todo indicio de concupiscencia, todo apego a lo terrenal y a lo sensible; incluso en el matrimonio debemos "poseer a nuestra mujer con santificación y honor, y no con pasión y con deseo". Hay que lograr un desapego tal de las cosas sensibles que dé la impresión de que no se poseen, para de esa forma no preocuparse de las cosas de este mundo y sólo de las cosas del mundo inteligible y espiritual.

Estos trazos fundamentales de desprecio de la mujer, de lo sensible, de lo terrenal y de lo sexual va a profundizarse en la medida en que el dominio de la razón y de lo espiritual va extendiéndose y afirmándose. Tertuliano va a exagerar su admiración por lo espiritual e inteligible y su aversión por lo terrenal y especialmente su aversión por la mujer. Una mujer que se dé cuenta de su condición de mujer, debe "mostrar su bajeza en su presentación, caminando como Eva, llorando y haciendo penitencia, de tal manera que con cada gesto de penitencia puede expiar más plenamente lo que hereda de Eva: la ignominia del primer pecado y el odio de la perdición humana"<sup>26</sup>. Con la mujer y por la mujer, va a insistir Tertuliano, el mal y el pecado entraron en el mundo: "Tú eres la puerta del diablo... tú eres la primera desertora de la ley divina; tú eres la que persuadió al varón, a quien el diablo no tuvo el coraje suficiente de atacar. Tú destruiste tan fácilmente la imagen de Dios, el varón. Por tu deserción, —es decir por tu muerte— incluso el Hijo de Dios tuvo que morir"<sup>27</sup>.

La mujer es la gran seductora y la inductora al pecado sirviendo al diablo. Sin ella el mal no se hubiera conocido y el pecado no hubiera penetrado el corazón del hombre. La mujer es diabólica, tentadora por excelencia, el medio principal de que se vale Satán para introducirse en la humanidad. Por eso debe cubrir su cuerpo con largos vestidos y su cara con un velo, incluso en familia, pues la madre puede ser tentación para el hijo, la hermana para el hermano y la hija para el padre; todas las edades peligran en presencia de la mujer<sup>28</sup>. El pecado y la culpa son introducidos en la cultura occidental por la mujer; es decir, la mujer no es sólo origen y causa del mal, sino también de la culpa y del pecado. Es diabólica.

El cuerpo de mujer, especialmente "el cuerpo bello de una mujer es la más perversa de las culebras", afirma convencido San Juan Crisóstomo, debido a que, una vez contemplado, sufrimos por eso miles de males: en la soledad del hogar "entretenemos desordenados deseos y experimentamos angustia durante largos días"<sup>29</sup>. Agustín de Hipona está convencido por experiencia personal "lo vil, detestable, ver-

26. ROGERS Katherine M.: *The Troublesome Helpmate: A History of Misogyny in Literature*. Seattle, Wash., University of Washington Press, 1966. págs. 15 y ss.

27. *Ibidem*.

28. *Ibidem*.

29. *Ibidem*.

Deum hominem nasci oportet"<sup>39</sup>. Naciendo Dios-hombre de una mujer-virgen de alguna manera es borra la culpabilidad que la mujer tuvo "como causa de nuestra condenación y del pecado"; porque es indudable —dice Anselmo— que la causa del pecado del hombre y de nuestra condenación comenzó por una mujer"<sup>40</sup>, y por tanto también debe provenir de una mujer la medicina del pecado y la causa de nuestra salvación". La maldad de la mujer como culpable del primer pecado y de la condenación de todo el género humano es un leit motiv permanente en todos los autores medievales. El varón fue un pobre engañado por arte de la mujer y del diablo; y continúa siendo así, como la mujer con su cuerpo continúa siendo un instrumento del diablo para hacer caer al varón.

La mujer va a tener en la tradición judeo-cristiana una relación más cercana y más íntima con el diablo que el varón. La mujer va a ser diabólica, es decir instrumento preferido del diablo para hacer caer y derrumbar la fortaleza del varón, como sucedió en el mito de la caída de Adán y Eva en el Paraíso. Santo Tomás de Aquino lo explicita diciendo que "el diablo era como el agente principal y utilizaba a la mujer como el instrumento de la tentación con el fin de hacer caer al varón"<sup>41</sup>. Esta condición de instrumento de tentación va a acompañar a la mujer a lo largo de la tradición cristiana hasta el extremo que el mismo Aquinate considera que "la visión de una mujer conduce sólo a la concupiscencia", "inspectio mulieris ordinatur ad concupiscendum"<sup>42</sup>. De ahí que la tradición cristiana recomiende la separación total de los sexos en los lugares públicos y escuelas, especialmente entre jóvenes. El varón debe evitar el trato con mujeres, para evitar los movimientos de la concupiscencia y la tentación del diablo, que como león rugiente nos acosa para devorarnos.

Ahora bien, esta vinculación de la mujer con el diablo tiene como raíz una mayor debilidad moral e intelectual de la mujer con respecto al varón, tal como lo indica Tomás de Aquino. El varón en efecto posee "naturalmente una mayor discreción de la razón"<sup>43</sup>, o como dice en otro lugar "en la mujer no se da suficiente fortaleza de la mente" para poder resistir la concupiscencia"<sup>44</sup>. Es decir, menos dotada de racionalidad que el varón, con una mente más débil se halla frágil e indefensa ante el diablo que agita su concupiscencia. El cuidado que la mujer debe tener sobre su cuerpo, la represión de todo lo instintivo debe ser en consecuencia inmensamente mayor que la del varón. Ya los romanos, acota el Aquinate, prohibían a las

39. Ibidem.

40. Ibidem.

41. TOMAS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-IIae, q. 165, a.2.

42. TOMAS DE AQUINO: *Summa Theologiae*, II-Iae, q. 167, a.2.

43. TOMAS DE AQUINO: *Summa Theologiae*, I, q. 92, a.1, ad 2m: quia naturaliter in homine magis abundat discretio rationis.

44. TOMAS DE AQUINO: II-IIae, q. 149, a.4: In mulieribus autem non est sufficiens robur mentis ad hoc quod concupiscentiis resistent.

mujeres beber vino, para preservarlas de la entrega a lo irracional y a la inmoralidad<sup>45</sup>.

Esta debilidad moral e intelectual de la mujer es consecuencia de que el sexo femenino en particular “es algo casualmente deficiente”. “La fuerza activa del semen masculino —comenta el Aquinate— pretende producir algo semejante y perfecto según el sexo masculino; pero se engendra una mujer, ya sea por la debilidad de la potencia activa, ya sea por indisposición de la materia, o bien por alguna transmutación extrínseca como por ejemplo por los vientos australes que son húmedos”<sup>46</sup>. Es decir la mujer, siguiendo una tradición aristotélica, es el producto deficiente de algún desajuste en el proceso de engendrar: por falta de fuerza activa en el semen, por indisposición de la materia producida por los órganos femeninos, o por agentes externos a la pareja como el clima, etc. Deficiente en cuanto sexo femenino en relación a la mayor perfección del varón, puede en consecuencia comprenderse su menor racionalidad y su tendencia irrefrenable hacia lo instintivo y lo irracional. Por eso la mujer debe estar subordinada al marido y obediente a los mandatos de la razón varonil, que debe a su vez tomar medidas muy especiales, para preservar esa naturaleza femenina tan débil de la permanente tentación de la concupiscencia.

La subordinación de la mujer al varón es para Tomás de Aquino algo natural en la medida en que debe ser gobernada por una inteligencia más poderosa, es decir por una inteligencia varonil. La subordinación civil o social —de gobernado a gobernador— existió por tanto antes del pecado original, en el paraíso, en donde la mujer aceptaba naturalmente el gobierno de la razón más robusta del varón. La subordinación servil, o sea la utilización de otra persona en beneficio propio, se dió sólo después del pecado original y como consecuencia de éste<sup>47</sup>.

Los escritos de Tomás de Aquino —siguiendo la tradición del pensamiento oficial griego— exudan admiración por lo varonil, es decir por lo racional, inteligible y menosprecio por lo femenino, es decir por la mujer, por lo corpóreo, por lo sexual, por lo instintivo, por lo irracional.

La racionalidad para el Aquinate hace a los hombres imágenes de Dios. La noción o esencia de imagen supone semejanza específica y de esta manera el hijo es imagen de su padre, ya que ambos son seres racionales, pertenecientes a la misma especie<sup>48</sup>. De igual manera sólo los hombres a causa de su mente o entendimiento son imágenes de la Divinidad racional e inteligible. El resto del universo lamentablemente no puede ser imagen de Dios, por carecer de inteligencia o mente. La re-

45. TOMAS DE AQUINO: *Summa Theologica*, II-IIae, q.149, a.1: mulieres apud Romanos antiquitus non bibebant vinum.

46. TOMAS DE AQUINO: *Summa Theologica*, Ia, q.92, a.1, ad lum.

47. TOMAS DE AQUINO: *Summa Theologica*, I, q.92, a.1, ad 2um.

48. TOMAS DE AQUINO: *Summa Theologica*, I, q.93, a.3.



susceptibles de confortarse que los varones"<sup>57</sup>. Es curioso el empeño del varón en vincular a la mujer con el afán del placer sensible y con él reprimirla, negarla, recluirla en las habitaciones más ocultas del hogar, negarle el más ínfimo derecho al disfrute y a la libertad ciudadana. La mujer en la Edad Media continuará escondida y avergonzada bajo velos en la calle o bajo muros en la casa o en el monasterio. Mala y además satánica, es decir tentadora y seductora, prohibida y deseada, la mujer permanecerá como los prostíbulos fuera del entorno aceptable de la cultura.

La mujer sigue siendo con sus supuestas características la esencial amenaza del orden racional, ahora divino, establecido en esta y en la otra vida. Por eso es necesario negarla, reprimirla y anularla; por eso es necesario insistir en la subordinación total al marido, a la razón y a la divinidad. La Edad Media ahonda el empeño por domesticar y esclavizar la mujer, ahora vinculada a las fuerzas diabólicas del mal, del pecado y de la condenación eterna. Esa esclavitud domesticada puede realizarse de dos maneras: como casada en el hogar, entregada al trabajo doméstico, a la educación de los hijos menores, a la oración y a la obediencia del marido; o bien, como esposa de Cristo, del Dios inteligible, recluida en un monasterio y por tanto atenta sólo a la llamada de la Razón divina, por otra parte tan difícil de seguir. La dificultad que la mujer siente para seguir el consejo del Dios inteligible es mucho mayor que la que siente el varón, por su más débil naturaleza pecadora y por su más débil entendimiento de lo racional. De ahí la necesidad de que la mujer lleve una vida mucho más austera y consagrada a la Divinidad racional que el varón: éste encarna una natural tendencia hacia la medida ordenada, hacia la justicia divina, mientras que la mujer encarna precisamente una disposición al desenfreno, al pecado y al infierno. Las monjas deberán también tener preceptos más rigurosos que los monjes y exigirán un esfuerzo más constante y esforzado para alcanzar el estado de equilibrio racional que el Esposo inteligible requiere.

En fin el Medioevo organiza un sistema socio-cultural, cuya finalidad suprema es el dominio de la racionalidad divina, con su secuela de trabajo, represión y sufrimiento. Dentro de este sistema la mujer debe ser la más triturada y perseguida por su natural tendencia antirracional, pasional y diabólica. Dejada a su naturaleza, débil moral e intelectualmente, se entrega en brazos de la irracionalidad, del desenfreno y del pecado. Sólo reprimida, dominada, doméstica y esclavizada podrá pertenecer al ámbito racional, justo y divino que el varón ha establecido. Es decir, sólo negando esas características supuestamente femeninas por las que el hombre se abre al mundo y a la vida, para contemplarlos y disfrutar de ellos, sólo aceptando exclusivamente la trucada axiología varonil podrá la mujer sentirse cómoda y lograr la salvación eterna.

57. BOCCACCIO GIOVANNI: *El Decamerón*, Círculo de Lectores, 1972, pág. 30.

Hagamos un esquema de los nuevos valores y antivalores, introducidos por la cultura medioeval y veremos con claridad el lugar vergonzoso discriminado en el que lo "femenino" con sus características fue relegado.

*Masculino*

perfecto  
 uno-orden  
 espiritual  
 infinito  
 eterno-inmortal  
 sabio-inteligente  
 justo  
 seducido-tentado  
 superior  
 divino  
 virginal, célibe  
 gracia  
 celestial  
 salvación

*Femenino*

imperfecto  
 múltiple, caótico  
 corpóreo  
 finito  
 temporal  
 necio-estúpido  
 pecador  
 seductor-tentador  
 inferior  
 diabólico  
 sexual, lascivo  
 culpa  
 infernal  
 condenación

La cultura occidental va, a partir del Medioevo, a hallar su fundamento en la misma divinidad. La razón inteligible y represiva deja de ser un tipo de cultura, una manera humana de asomarse al universo y a la vida, para tornarse en la *única manera* permitida por la Divinidad a su vez inteligible y represiva. Quien no siga los dictados exclusivos de la razón, elegirá el camino de los necios, de los pecadores que conduce a la condenación eterna en el infierno, en donde ni la esperanza ni la razón tienen entrada, como afirman los conocidos versos del Dante. El camino racional, reprimido y agresivo llega al cielo, al reino de la Razón absoluta, a la contemplación de la Forma Absoluta y Pura; por el contrario el camino del placer, del ocio, de la contemplación e identificación con la naturaleza sensible lleva al fuego eterno. La mujer por sus características va a ser aherrojada en el infierno, condenada a perpetuidad por su explosiva carga tentadora y diabólica.

Dios ha sido utilizado para sostener una cultura de dominio, de discriminación, de agresividad. Dios ha sido utilizado por la razón humana, para avalar la conquista y el dominio de una cultura racional y discriminar a la mujer, a los indios, a los negros, a los pobres por el *tremendo pecado* de no ser tan "racionales" y poderosos, tan agresivos y depredadores.

Es hora de revisar nuestra concepción de Dios y del Cristianismo y descubrir la carga de dominio racional y represivo de que la cultura occidental los ha dotado, con el único objetivo de justificar la actitud conquistadora con que occidente ha ex-